



DEJA TU HUELLA, SÉ TESTIGO

Ante la jornada mundial de oración por las vocaciones y de vocaciones nativas Escrito dominical, 8 de mayo

Necesitamos vocaciones abundantes y santas como agua de mayo. Le pedimos al Señor de la mies que los jóvenes descubran la alegría de entregar la vida en el seguimiento de Jesús pobre, casto y obediente para la vida de un mundo que agoniza de tristeza. Hombres y mujeres que, por la llamada del Señor y por la acogida y la escucha de la vocación, vivan con el convencimiento de que no existe alegría más grande que gastarse y desgastarse en el servicio del Señor.

Cuando en la archidiócesis tengo que cerrar alguna casa de vida consagrada les repito una y otra vez: a partir de ahora vamos a pedir que tengan abundantes vocaciones para que vuelvan, porque sin ustedes, sin sus vidas entregadas, sin su misión, cada vez somos más pobres y necesitados. No solo por lo que hacen, sino por lo que son. Sus vidas consagradas enriquecen los pueblos, las parroquias, las ciudades, los barrios, la enseñanza, la sanidad, el testimonio, la presencia en los campos de refugiados, en las periferias, entre los pobres... La vida consagrada es lo mejorcito de la humanidad sobre todo por lo que es y por lo que vive en el corazón de la Iglesia y en las entrañas del mundo del sufrimiento y del dolor.

Tres constataciones sobre la urgencia de pedir por las vocaciones que dejen huella y que sean testigos del Resucitado en un mundo que se muere de frío y sin esperanza por tantas contradicciones de guerras, pandemia y, como repite el papa Francisco, por esta sociedad del descarte de todo lo que huele a vida, buscando arrinconar y deshacerse de los más débiles.

1. Necesitamos testigos. Dejarse seducir y atrapar por el que siempre tiene abierto el Corazón. Ser testigo del Resucitado en un mundo donde se vive en la cultura de la muerte y chirría contra los que quieren ser testigos de la nueva vida que nos trae el Resucitado. Sabemos que toda vocación es un grito y una afirmación de que «resucitó de veras mi amor y mi esperanza».

2. Dejar huella. Hoy no sabemos nada del joven rico que no quiso seguir a Jesús y que se alejó a la patria de la tristeza, donde viven todos aquellos que no son generosos con el Señor. No sabemos ni su nombre. No dejó ninguna huella. Fue uno de los que, por no seguir a Jesús, quedó para siempre sin dejar la huella de un amor entregado a la humanidad sufriente y necesitada del Redentor.

3. Dios no elige a los capaces, sino que capacita a los que elige. Es necesario que pidamos siempre que muchos jóvenes digan que sí y se entreguen sin reservas al Amor de los amores, a ser misioneros de misericordia, a sembrar esperanza en tantos corazones sin vida. No podemos ponerle tantas pegas a Dios, porque el Señor capacita a los que elige si le presentamos nuestras manos vacías y nuestra pobreza aceptada que quiere por todos los medios seguir al Señor con todas las consecuencias.

Van pasando los años y uno descubre las maravillas que siempre hizo el Señor con nuestras pobreza y limitaciones. Mil vidas que tuviera no dudaría ni un momento en volver a seguir al Señor. Siempre me ha tratado tan bien. Soy tan feliz con Él, aun en medio de las dificultades propias del camino, que una y otra vez volvería a seguirle. No me arrepiento. El ha sido y es lo mejor de mi vida.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España